Bol. Inst. Oceanogr. Venezuela, Univ. Oriente 45 (1): 79-82 (2006)

Semblanza

GILBERTO RODRÍGUEZ



JESÚS ELOY CONDE
Centro de Ecología, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC). Caracas. Venezuela
(jconde@ivic.ve)

GILBERTO DOMINGO RODRÍGUEZ RAMÍREZ falleció a la edad de 75 años, en Caracas, Venezuela, el 16 de mayo de 2004. Había nacido en la misma ciudad el 12 de mayo de 1929. Su prematuro interés en la naturaleza, estimulado por las enseñanzas de los jesuitas, surgió durante sus estudios de educación primaria y parte de la secundaria en el Colegio La Salle de Caracas. En 1955 obtuvo la Licenciatura en Ciencias en la Universidad Central de Venezuela (UCV), y se inició en la investigación en sistemática vegetal. Ese mismo año fue admitido al programa de maestría de Biología Marina de la Universidad de Miami, donde además se le encargó la Manning-University of Miami South Pacific Expedition (Chile). En 1957, defendió exitosamente su tesis de maestría: *The marine communities of Margarita Island*. A continuación, viajó a Europa, donde permaneció como Investigador Visitante en el Laboratory of the Marine Biological Association of the United Kingdom (Plymouth), la Marine Station de la Scottish Marine Biological Association (Millport), y el Marine Laboratory de la Universidad de Copenhagen, Dinamarca. Obtuvo su título doctoral en 1970 en la Universidad de Gales, con la tesis titulada *Behavioural rhythms in littoral prawns*, bajo la dirección de ERNEST NAYLOR.

Aunque la mayor parte de su carrera transcurrió en el IVIC, donde durante 44 años centró sus mayores esfuerzos en la taxonomía y biogeografía de crustáceos marinos y dulciacuícolas, al igual que en la ecología del sistema de Maracaibo, algunos de sus primeros «pininos» organizativos y científicos se dieron en el oriente de Venezuela, donde, junto con PEDRO ROA y FRANCISCO MAGO-LECCIA, participó en la fundación en 1959 del Instituto Oceanográfico de Venezuela, en el que fue subdirector ese mismo año, y en la creación de la Escuela de Peritos Pesqueros de la Universidad de Oriente.

La instauración del Instituto Oceanográfico de Venezuela fue un proyecto de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (AsoVAC), que se rumió durante varios años. A principios de los cincuenta, su Presidente, el Dr. FRANCISCO de Venanzi hizo patente la necesidad de impulsar las Ciencias Marinas en Venezuela, haciendo énfasis en primera instancia no en infraestructura o en dotación de laboratorios, sino en la formación de personal de investigación. Esta idea se concretó unos años después con una iniciativa de la AsoVAC y de FundaVac (Fundación Venezolana para el Avance de la Ciencia), a través de un programa de becas de formación de investigadores marinos. El Dr. RODRÍGUEZ fue uno del selecto puñado de beneficiarios de esta iniciativa —entre los que estuvieron RAFAEL ANTONIO CURRA, PEDRO ROA MORALES, CELESTINO FLORES, FRANCISCO MAGO LECCIA y L. E. HERRERA BOLÍVAR—, que rindió frutos inmediatamente. También he de mencionar brevemente que al Dr. RODRÍGUEZ se le atribuye la fundación de la Cátedra de Biología Marina de la UCV, en la que se desempeñó como profesor entre 1959 y 1978.

Ya pasando a un plano más personal, debo decir que mi relación con el Dr. RODRÍGUEZ se transformó paulatinamente en la medida en que fui avanzando en la escala académica. Desde mediados de los setenta, cuando a la sazón yo era

un estudiante de pregrado en la UCV y Estudiante Asistente en el Centro de Ecología (CE) del IVIC, hasta principios de los noventa cuando ingresé como investigador en el mismo, nuestra relación fue enriqueciéndose y dando paso a la camaradería. En los últimos años, era frecuente que al final de la mañana yo recorriese el puñado de pasos que separaban mi oficina de la del Dr. GILBERTO RODRÍGUEZ. En un ambiente distendido, y durante unos pocos minutos, charlábamos informalmente sobre —si se me permite el tópico— lo humano y lo divino. Política, ciencia, literatura y cine copaban el grueso de nuestra agenda, pero, en realidad, nada se resistía a nuestros irónicos análisis y socarronería. Debo admitir que tampoco nos era ajeno el cotilleo. Hoy en día, sé que más que los temas en sí, lo que disfrutábamos era la atmósfera de complicidad y la pugna por decir la frase fulminante.

Ocasionalmente, cuando la tertulia tomaba giros graves, decidíamos trasladarnos al cafetín del IVIC. En esas oportunidades, la conversación usualmente versaba sobre el futuro del CE. En aquellos momentos, mientras hablaba, se transfiguraba y parecía entrar en un sereno trance, al tiempo que su mente trabajaba, sopesando aceleradamente los escenarios futuros. Casi era posible palpar cómo operaban los engranajes de su intelecto al trazar los carriles por los que, en su opinión debía discurrir el desarrollo del CE.

Había razones urgentes para las elucubraciones y las tormentas de ideas. A mediados de los años noventa, él estaba muy preocupado por lo que podía suceder con el CE. Principalmente, le inquietaban la inversión de la pirámide de edad de los Investigadores, las eminentes jubilaciones de varios de ellos, y, para colmo, la patente ausencia de una generación de relevo.

No era la primera vez que el Dr. RODRÍGUEZ encaraba un reto de esta magnitud. Al ingresar al IVIC en 1960 tuvo que vencer la incredulidad de una institución en la que se profesaba un estilo *laboratoricista* de investigación con un fuerte acento médico y biomédico, y donde el trabajo de campo era visto como un exotismo o, de su puño y letra: una anomalía. Esta resistencia fue vencida y además logró crear el Departamento de Hidrobiología en 1964, que luego, en 1970, daría paso al Centro de Ecología. Esta transición fue, en gran medida, consecuencia de su presciencia. En ese momento se estaba gestando la preocupación mundial por el deterioro del ambiente y en especial por la falta de información sobre los ecosistemas tropicales. Su poder de convencimiento y sus buenos oficios le permitieron captar inicialmente investigadores del calibre de CARLOS SCHUBERT y ERNESTO MEDINA, quienes a la vuelta de pocos años recibirían el prestigioso premio de la Fundación Polar, y JORGE RABINOVICH, quien en los sesenta y posteriormente —por más de dos décadas— abrió horizontes insospechados a la incipiente ecología venezolana.

Así, la misma disposición para plasmar sus sueños, que lo había llevado a promover la creación del Centro de Ecología, lo condujo, a finales de los años noventa, a dedicar buena parte de su tiempo a localizar y captar los investigadores y posdoctorantes que conformarían la generación de relevo. En esta caza de talentos, logró involucrar a muchos de los investigadores del CE, lo que a muy corto plazo permitió prácticamente duplicar la plantilla de investigación y encarar nuevos proyectos. A su vez, esto llevó a la creación de tres unidades de investigación y al remozamiento de dos de los laboratorios del CE y, por ende, a una substancial diversificación de los temas de investigación.

Al margen de sus enormes logros como promotor y organizador, el Dr. GILBERTO RODRÍGUEZ se distinguió en muchos campos de las ciencias marinas. En el mundo es reconocido como uno de los carcinólogos de agua dulce más importantes y con un gran número de contribuciones novedosas (RODRÍGUEZ, G. 1992. *The freshwater crabs of America. Family Trichodactylidae*. Office de la Recherche Scientifiqued'Outre Mer-ORSTOM, Paris. 200 pp.). Antes, había dedicado ingentes esfuerzos a los cangrejos marinos, culminando su empeño en numerosos artículos y en un libro que hoy es referencia obligada en esa área y que también es considerado como uno de los libros más influyentes en la Biología latinoamericana, según una encuesta realizada por la *Revista de Biología Tropical* (Rodríguez, G., 1980. *Los Crustáceos Decápodos de Venezuela*. IVIC, Caracas. 494 pp.).

Estas actividades le llevaron a establecer una extensa colección de crustáceos decápodos, en la que prevalecían los crustáceos de agua dulce. La subcolección de cangrejos dulciacuícolas creció hasta el punto en que hoy en día es una de las más importantes del mundo y solamente es superada por la del U. S. National Museum de la Smithsonian Institution, Washington, EUA. Para ilustrar su importancia y alcance es conveniente

mencionar que la colección de crustáceos del IVIC contiene más holotipos de la familia Pseudothelphusidae que la suma total de los que se encuentran en museos y colecciones de Colombia, Brasil, Costa Rica, México, Estados Unidos, Francia, Austria y Holanda. Actualmente, esta colección (www.ivic.ve/ecologia/?mod=colec.php) tiene identidad legal, al estar inscrita en el Registro de Museos y Colecciones de Venezuela.

Pero sus contribuciones no se limitaron a estos temas. Como ecólogo marino, a comienzos de los años sesenta el Dr. RODRÍGUEZ acometió un estudio de proporciones colosales (RODRÍGUEZ, G. 1973. *El Sistema de Maracaibo*. IVIC, Caracas. 395 pp.). Por su ambiciosa escala geográfica, el estudio del, así llamado, Sistema de Maracaibo fue una obra titánica que permitió conocer este extenso y complejo conjunto de ecosistemas, al tiempo que posibilitó dar respuestas a problemas prácticos urgentes, como, por ejemplo, la salinización del lago de Maracaibo como consecuencia del dragado del canal principal (Rodríguez, G. 1984. *Ecological control of engineering works in the Maracaibo Estuary.* Water Science and Technology, 16:417- 424.; CONDE, J. E. and G. RODRÍGUEZ. 1999. *Integrated Coastal Zone Management in Venezuela: The Maracaibo System*. En: W. Salomons, K.Turner, A. Spoudiolus and R. Ramachandram, *Integrated Coastal Zone Management: Principles and Practice*. Springer Verlag, Berlin.). Este proyecto también generó numerosas líneas de investigación, algunas de las cuales aún siguen vigentes (RODRÍGUEZ, G. (Editor). 2000. *El Sistema de Maracaibo: Biología y Ambiente*. Segunda Edición Ampliada. IVIC, 264 pp.). Pero igualmente importante es el hecho de haberse adelantado con creces a su época, hasta el punto de podérsele considerar como el precursor de la macroecología en Venezuela –y probablemente también de América Latina. En la década de los sesenta, la macroecología no existía como tal y ni siquiera había un término para describirla. Fue apenas a mediados de los años noventa cuando esa disciplina comenzó a perfilarse con paradigmas propios y herramientas estadísticas *ad hoc*. De ahí que el estudio del Sistema de Maracaibo se anticipó en casi tres décadas a la formalización del corpus básico de la macroecología.

Igualmente, es dable mencionar que el Dr. RODRÍGUEZ realizó uno de los primeros estudios de impacto ambiental que se hizo en el país (RODRÍGUEZ, G. 1974. *Estudio de los efectos ambientales de la ampliación de la Planta Tacoa de La Electricidad de Caracas*. INELECTRA C. A., 50 pp.). A principios de los años setenta, la planta termoeléctrica de Tacoa requería una evaluación del impacto térmico de las aguas de salida de su sistema de enfriamiento sobre la biota marina de la localidad. El Dr. RODRÍGUEZ urdió varios ingeniosos experimentos de campo que permitieron comparar los impactos de la planta. Debo reconocer que cuando presentó las conclusiones del estudio, en el viejo edificio del CE, la perplejidad de los entusiastas estudiantes de pregrado que allí laborábamos fue manifiesta. Quizás estabamos embobados con la flamante computadora de Jorge Rabinovich, los entresijos del FORTRAN y el BASIC y las simulaciones del inminente cataclismo ambiental que —presumíamos— barrería del planeta toda forma de vida en cuestión de horas. De tal manera que una anodina planta eléctrica muy poco representaba en nuestra agenda de obsesiones cotidianas. Confieso mi error y que fue solamente hace unos pocos años cuando súbitamente entendí que con ese estudio el Dr. RODRÍGUEZ se anticipaba significativamente a lo que posteriormente sería una práctica rutinaria: la evaluación de impactos ambientales.

Por ello y por muchas otras contribuciones, es innegable que cuando se elabore el *heredograma* de las Ciencias Marinas en Venezuela, él, con sus más de 100 publicaciones, aparecerá como el origen de gran parte de la estructura y probablemente será considerado una de las más robustas raíces.

Por último, he de admitir que en mi caso, como en el de muchos, Gilberto fue un gusto adquirido. A lo largo de los años, y a medida que fui dejando atrás las ineludibles etapas iniciales de la ontogenia de la rebelión juvenil, comencé a valorar otros aspectos de su personalidad, más allá de la impresión inicial que causaban sus posturas regias y, para más inri, su inexpugnable cartesianismo. Era fácil entender que su talante envarado le hubiese ganado entre sus colegas un mote que lo inscribía en el más alto rango borbónico, al tiempo que describía frugalmente lo que algunos percibían como majestuosidad. Sin embargo, creo que el tiempo transformará esas apreciaciones en amenas anécdotas y nuestra valoración y memorias seguramente pasarán por su trato cordial, agudo sentido del humor, sobresaliente inteligencia, dotes de visionario, empeño por la excelencia y también por la generosidad que mostró con la generación que ingresó recientemente en el CE y que hoy representa el futuro de éste.

En cualquier caso, he de reconocer que es difícil que unas cuartillas consigan reflejar en su totalidad la vida de

un ser humano. A la manera de *Rosebud* —el trineo del *Ciudadano Kane*—, quizás puedan servir como piezas del rompecabezas de una vida, pero es poco probable que ellas en sí mismas permitan perfilar a un hombre tan polifacético como lo fue el Dr. GILBERTO RODRÍGUEZ.

AGRADECIMIENTO

A HÉCTOR SUÁREZ por el material bibliográfico y fotográfico y a YAJAIRA FREITES por las aclaratorias sobre la concepción del IOV. Mi reconocimiento a MARDONIO DÍAZ por el irrestricto acceso al archivo fotográfico del IVIC. Partes de este artículo fueron publicadas en el Boletín Informativo Semanal (BIS) del IVIC (www.ivic.ve/bitacora), con cuya autorización se cuenta para incluirlas en esta semblanza.